



5 Una reflexión sobre el método arco-genealógico foucaultiano¹ A foucauldian archaeological- genealogical method reflection

Oscar Jaramillo García*

Resumen

Este artículo pretende aproximar algunas reflexiones sobre el método que emerge de la propuesta foucaultiana. Se alude a la labor metódica en línea de la comprensión kantiana de Foucault en tanto ontología histórico crítica del presente, al momento que se marca su crítica no normativa como labor de ficcionalización. Del mismo modo, se indica cómo las categorías de eventualización y problematización van sobre la singularidad y contingencia de las prácticas discursivas y no discursivas. Posteriormente, se dan algunas pistas sobre la arqueología, luego, sobre la genealogía y ulteriormente sobre su funcionamiento entrelazado. El artículo concluye mostrando la potencia que puede tener el método foucaultiano para analizar aquellas subjetividades que se construyen en medio de dispositivos contemporáneos de poder-saber.

Palabras claves:

Foucault, ficcionalización, eventualización, problematización, arqueología, genealogía.

*Psicólogo de la Universidad Católica de Pereira. Magíster en Ciencias Sociales de la Universidad de Caldas. Master en Sciences Sociales et Humaines: Education, travail et formation. Université Paris12 Val de Marne. Estudiante de Doctorado en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, CINDE. Miembro del grupo de investigación Comunicación, Cultura y Sociedad, de la Universidad de Caldas. Docente de la Universidad Tecnológica de Pereira.
oscar.jaramillo@utp.edu.co

Recibido:
04 de febrero de 2013

Aceptado:
30 de abril de 2013

¹ Este artículo hace una aproximación a las reflexiones sobre el método que emerge de la propuesta foucaultiana. Un producto parcial de proceso investigativos de revisión bibliográfica, del Doctorado en Ciencias Sociales.



Foto: Marco Alejandro Escobar

Abstract:

Located in the post- structuralist current, this article aims to bring some reflections about the method that emerges from the Foucauldian proposal. Thus, the spotlight is put on the categories and concepts which have been fundamental on Foucault's work from the archaeology and genealogy, in order to think about a coherent epistemological approach on certain objects of study that are allowed to be analyzed by it. The methodical task is referred as follows: it is consistent with the Kantian grasp of Foucault as critical historical ontology of the present, at the moment of marking his non-regulation critic as a chore of fictionalization. Similarly, it is shown how the eventualization and problematization categories match with the uniqueness and possibility of discursive and non-discursive practices. Subsequently, some clues about archaeology are given, then on the genealogy, and afterwards, about its crossed functioning. At the end, it is shown what the power of the Foucauldian method can have in order to analyze those subjectivities which are constructed through contemporary devices of power- knowledge.

Keywords:

Foucault, fictionalization, eventualization, problematization, archaeology and genealogy.

Introducción

En este artículo se realizan algunas problematizaciones a partir del método que emerge de la propuesta de Michel Foucault. Así, conviene tratarse su propuesta - la de Foucault - no como un sistema sino como una pluralidad de puntos de fuerza, como multiplicidad con valor local y práctico. “Según la contundente y metafórica expresión de Deleuze (aceptada por Foucault) la “teoría” es “exactamente como una caja de herramientas” (Lanceros, 1996:16).

De esta suerte, no se parte de un sistema cerrado y definido con categorías por fin halladas que logren leer de una vez por todas la realidad siempre y en todo lugar, sino de un instrumento, una lógica propia que permita abordar las relaciones de poder-saber y verdad como dispositivo de producción de subjetividades. Incluso, se podrían pensar como unas herramientas, que según su uso, puedan en determinados puntos llegar a cortocircuitar dichas relaciones de poder o de dominación.

Ontología histórico-crítica del presente y ficcionalización

Se propone en este punto que la labor foucaultiana puede ser entendida desde una mirada que quiere reconocer nuestro presente a partir del pasado que lo sostiene, aún más, parte de una inspiración kantiana para preguntar ¿qué es ese presente que somos?, ¿qué es esto que somos hoy en día? ¿cómo estamos constituidos?, ¿qué discursos y qué poderes nos atraviesan? En este sentido, hay una pregunta ontológica. Entonces, puede sostenerse que la labor foucaultiana está enmarcada por una “ontología histórico-crítica del presente”, así:

La ontología crítica de nosotros mismos, no hay que considerarla ciertamente, como una teoría, una doctrina, ni siquiera un cuerpo permanente de saber que se acumula; hay que concebirla como una actitud, un *ethos*, una vida filosófica en la que la crítica de lo que somos es a la vez análisis histórico de los límites que nos son impuestos y prueba de su posible transgresión (Foucault, 2003:97).

Lo que camina sobre una ontología que se pregunta no ¿qué es el ser? o ¿qué es el sujeto?, pues Foucault es antiesencialista

y se asume nominalista, partiendo de un escepticismo metódico y sistemático ante todo universal antropológico. Más bien, se entiende la ontología desde una inquietud por un ¿cómo se constituye el sujeto, el ser?, explicitando así que esta ontología no es sustancialista, no es trascendental fundamentada en leyes o categorías transhistóricas o metafísicas, sino que asume al sujeto como producto de complejos entramados históricos en los que se implican relaciones estratégicas que vehiculan poder-saber subsumidos en racionalidades tecnológicas. A este tenor, un sujeto que emerge de prácticas humanas históricas y que, por tanto, es contingente, no es el mismo de una vez y para siempre; por eso es pertinente preguntar por su posición subjetiva actual.

Al mismo tiempo, esta ontología del presente es crítica, y si bien persigue reconocer aquello que constituye y produce a los sujetos, en un sentido diagnóstico no sólo se queda en una mirada descriptiva-explicativa. Puesto que también por el mismo hecho de reconocer la realidad humana como histórica, es crítica ante la naturalización de determinado tipo de órdenes o estados de cosas, pues asume que juegan con reglas que favorecen ciertos intereses y formas de gobernar y conducir a los sujetos. En este punto, esta ontología es crítica frente al circuito saber, poder, verdad, que produce realidades y subjetividades. Las asume imbricadas en “juegos de verdad”, donde no es el interés una verdad originaria, sino que se hacen relevantes las reglas, las condiciones y las circunstancias según las cuales lo que un sujeto puede decir, depende de la cuestión de lo verdadero y de lo falso.

En este sentido, los juegos de verdad permiten «veridicciones», “entendidas como las formas según las cuales se articulan, en un dominio de cosas, discursos susceptibles de ser llamados verdaderos o falsos” (Foucault, 1999:364). Estos discursos pueden ser cortocircuitados o transgredidos a partir de su reconocimiento y de la puesta en marcha de nuevas racionalidades, tecnologías y dispositivos estratégicos. Con ello se amplían las posibilidades de constitución subjetiva, posibilitando que se generen nuevos espacios y formas, o que se desplieguen los límites. Entonces, se trata de una crítica que sospecha y desconfía de forma continua de las maneras en que “somos gobernados”, comprendiendo la crítica como el arte que lleva a no ser unos totales gobernados.

En estas condiciones, Foucault plantea una actitud como crítica histórica que permita hacer la ontología histórica del presente, que entre a desfundamentar verdades prístinas e incommovibles. Asimismo, que lleve a una crítica como actitud constante y consciente de que las relaciones de poder son múltiples, dinámicas y producen diversas estrategias para asegurar sus verdades. Por tanto, la crítica no puede advenir en un lugar definitivo, sino que debe permanecer constante e inacabada, no puede producir verdades fundamentales, pues esta no es su tarea.

Ahora, ¿cómo entender aquello que puede surgir de un tipo de investigación de matiz foucaultiano? A esta inquietud puede darse una respuesta que permita seguir clarificando esta lógica metódica en tanto que Foucault era coherente con su discurso y daba por hecho que asumía verdades estratégicas, históricas y, por tanto, limitadas. De tal modo, entendía que sus investigaciones y análisis no iban a dar con una verdad por fin develada, que se escondía bajo las ideologías o los murmullos adormecedores de la Irracionalidad, sino que comprendía que su trabajo era una labor histórico-crítica, pero también ético-política que debía ser continua, dinámica, siempre al acecho. Así, el mismo Foucault (1994) dirá que practica una especie de ficción histórica:

En cuanto al problema de la ficción: es para mí un problema muy importante; me doy cuenta que no he escrito más que ficciones. No quiero, sin embargo, decir que esté fuera de verdad. Me parece que existe la posibilidad de hacer funcionar la ficción en la verdad, de inducir efectos de verdad con un discurso de ficción y de hacer de tal suerte que el discurso de verdad suscite, «fabrique» algo que todavía no existe, es decir, «ficcione». Se «ficciona» historia a partir de una realidad política que la hace verdadera, se «ficciona» una política que no existe todavía a partir de una realidad histórica. (:162).

De este modo, se da a entender que la apuesta foucaultiana tiene como finalidad entrar en los juegos de la verdad, en medio de aquellas reglas que oficializan discursos como verdaderos y científicos, llevándola a sumergirse en el pasado que las sostiene para visibilizar las mallas o relaciones bajo las cuales han sido construidos dichos discursos, mostrando así que existe otro tipo de historia subterránea. En este punto, este argumento de la “ficcionalización” que a primera

vista parece tibio o de ingenuo relativismo, cobra una gran fuerza, pues podría decirse que se mueve un poco en la línea del cuento de Borges (1984), “Las ruinas circulares”, donde se recrea la historia de un hombre que creyó ser real y que podía soñar y crear a otro hombre desde su saber y su poder, pero se da cuenta de que todo su portento no es más que ficción, pues también es el sueño de otro hombre. Así, partiendo del supuesto que somos sueños de otros hombres que también fueron soñados, puede afirmarse que la apuesta foucaultiana arremete fuerte contra la realidad, la horada para mostrar su no esencialismo y si su constitución como forma histórica, que por ello puede metamorfosearse. En esta medida, su sustento está dado por las lógicas de racionalidades que usan los conocimientos y las instituciones para crear una realidad, que vista al trasluz de la ficcionalización foucaultiana, no es más que una ficción oficializada, que puede ser transformada por otra ficción que logre inscribirse en los dominios estratégicos de la verdad, con unas nuevas pretensiones. Lo anterior hace importante que en este razonamiento se entienda que:

Quien trate de construir esta historia de las relaciones entre sujeto, verdad y poder deberá ficcionalizarlas; es decir, asumir un marco empírico como soporte analítico, pero evitar suponer una perspectiva causal o lineal de los eventos históricos. Ficción no significa aquí la elaboración fantasiosa de conexiones o elaboraciones meticulosas de una mentira capaz de fungir como ejercicio literario. Ficcionalizar es desafiar el sentido Moderno de la Historia (las mayúsculas tienen sentido), esto es, no aceptar como necesario y universal su carácter lineal, progresivo y causal (Martínez, 2010:76).

Por lo cual, la ficcionalización foucaultiana es un desafío a una forma de concebir la historia de manera lineal y sustentada en categorías suprahistóricas, como razón o sujeto fundador. Y más bien, se mueve bajo las premisas de una historia marcada por discontinuidades, azares, imprevistos, mutaciones, diversas racionalidades y maneras de ejercer el poder. A esta guisa, disímiles formas históricas en distintos momentos han sido eficaces para producir subjetividades aptas a estos variados tipos de órdenes históricos. Lo que conlleva esa “urgencia” de ficcionar en cada momento histórico, como apuesta por el decir pero también por el hacer, para reconocer esas formas en que son constituidos los sujetos, para así producir efectos “reales”

sobre el presente y “poder” generar un tipo de verdad, con nuevo matiz político que antes no tenía. En este sentido, la ficcionalización como norte metódico inmerso en una ontología del presente, es una experiencia que también implica al sujeto que investigay en tanto él hace parte de ese presente que investiga, ello le permite cuestionar y tal vez transformar la relación que establece con él mismo y con el mundo. En este orden, la ficcionalización induce trasfiguraciones en la realidad, convirtiéndose en un acontecimiento que puede obrar sobre otros acontecimientos, pero también sobre la misma subjetividad investigadora.

La emergencia de las singularidades: la eventualización

La realización de ontologías histórico-críticas de nosotros mismos precisa una ficcionalización que pueda ser capaz de operar cambios en las realidades en que se inscribe o por lo menos dar a conocer que otros modos de ser en el mundo son posibles. Uno de los procedimientos analíticos que sostienen las maneras metódicas foucaultianas viene a ser la eventualización o événement, una manera de entender aquello que sucede en la historia en un sentido acorde a análisis históricos-críticos y perspectivistas. De este modo, se alcanza un procedimiento que permita acercarse a los fenómenos históricos como elementos que hacen parte de realidades particulares, y si se quiere situadas, que están penetradas por acontecimientos singulares y mudables. Así pues:

¿Qué debemos entender por eventualización? Una ruptura de evidencia, en primer lugar. Allí donde nos sentiríamos bastante tentados de referirnos a una constante histórica, o a una característica antropológica inmediata, o también a una evidencia que se impone de igual manera para todos, se trata de hacer surgir una «singularidad». Mostrar que no era «tan necesario como parecía»; no es tan evidente que los locos sean considerados unos enfermos mentales; no era tan evidente que la única cosa que se puede hacer con un delincuente, sea encerrarlo; (...) Ruptura de las evidencias, aquellas evidencias sobre las cuales se apoyan nuestro saber, nuestros consentimientos, nuestras prácticas (Foucault, 1982:61).

Desde ese punto se continúa reafirmando la negativa a posarse en discursos como portadores absolutos de una

verdad inmutable, pero también se apuesta por pensar los discursos y las prácticas como no necesarios ni concebidos desde una ley general que aplica en la historia en todo momento, lugar y contexto socio-cultural de idénticas maneras. Se trata, entonces, de buscar aquellas relaciones diversas y estratégicas, que conforman bloques, que posibilitan el surgimiento de redes heterogéneas y que actúan sobre la realidad y sobre los sujetos, quienes no siempre son los mismos. El objetivo es evidenciar lo que estas relaciones tienen como propio, precisamente, eso que da cuenta de su singularidad.

Para este propósito, la eventualización se desprende del presentismo histórico, que consiste en leer el pasado a partir de una imposición de las categorías, concebidas como las más científicas del presente, sobre otros paisajes históricos de inteligibilidad. Esto último obtura la posibilidad de la emergencia de la singularidad, de la inconmensurabilidad, al tiempo que desconoce los mecanismos históricos que permitieron que unos ciertos discursos, unas determinadas maneras de gobernar o unas prácticas fueran dadas como oficiales y válidas, sin visibilizar que afectaban en esta forma la realidad y quienes la habitaban. De esta suerte:

La «eventualización» como sospecha radical y lucha permanente sobre los conceptos y supuestos que tienden a tomarse como evidentes y que en general se mantienen fuera de examen, implica un procedimiento de acercamiento cauteloso a otros horizontes de historicidad y a los propios buscando entender en sus singulares amarres un suceso o series de sucesos específicos. Esto no significa que se considere posible (ni siquiera deseable) un «borramiento» de las «condicionalidades» del presente, de las «situacionalidades» e «historicidades» del pensamiento, para así libre de toda traba acceder al «pasado tal cual fue». No es una apología ingenua a la posibilidad o deseabilidad de un sujeto cognoscente sin historia. Al contrario, es preguntarse a cada instante por la historicidad, por esa historicidad que constituye y supone nuestro propio presente (Restrepo, 2008:116).

Este procedimiento reconoce que el ser humano es un ser histórico y su presente lo permea de manera fuerte; no obstante, el ser humano igualmente tiene la posibilidad de reconocer que hay unas

verdades históricas que hacen parte de ese presente que él es, pero que no son las únicas que han existido, y que por tanto, diferentes momentos históricos tienen distintos discursos que operan como su verdad. En este sentido, se pide no un abandono absurdo de las categorías, sino un actuar que sea diferencial a nivel de los distintos órdenes epistémicos y teóricos, sin entrar a jugar con juicios de valor o falacias de autoridad, ni asumir el transcurrir del tiempo como ascenso continuo, desarrollo o evolución en los conocimientos que pretenden que esta época posee la mejor de las verdades.

Otro aspecto sobre la eventualización se desplaza en una línea en la cual disiente en el momento en que se aleja de forma radical de aquello que han nominado como indagación metafísica. Esta es un tipo de indagación caracterizada por pensar en términos de universales antropológicos, constantes históricas o generalidades predeterminadas, es decir:

No más el Sujeto ni la Razón, el Deseo, la Historia, la Ley, lo Inconsciente o la Cultura (así con mayúscula inicial) como universales antropológicos para subsumir en un análisis «deseventualizante» entramados de relaciones, prácticas y representaciones que emergen, se transforman y dispersan en un momento dado. No es que se niegue la existencia de universales antropológicos, sino que se piensa estos más como uno de los tantos y lejanos puntos de llegada de análisis concretos que el altar en el que se sacrifica la indagación por la densidad y singularidad (Restrepo, 2008:119).

En esta clave, se concibe un tipo de pensamiento que pueda romper con la forma de investigación que se siente segura cuando cree que su labor es descubrir en los procesos, fenómenos y formaciones históricas la manera en que naturalmente se desenvuelve o aplica un principio general de una teoría, como tipos de estructuras y superestructuras, procesos dialécticos, evolución o leyes económicas que suceden de manera ubicua².

En este sentido, desprenderse de los esquemas concebidos de antemano y dar paso con el aislamiento y no dependencia de estas categorías universales que quieren análisis globales, conlleva a la emergencia de un tipo de análisis que quiere ver las singularidades que se producen en la capilaridad de la sociedad, en esos procesos micro que se trenzan para ir formando dispositivos de poder que entroncan a su vez con otros y generan formas variadas de producción social. Por tanto, es prominente comprender, como lo propone Javier de la Higuera en su estudio preliminar a “Sobre la Ilustración”, que en Foucault:

Se trata de analizar las conexiones que se establecen entre mecanismos de coerción (que adquieren la forma y la justificación de un elemento racional, calculado, etc.) y contenidos de conocimiento (que son portadores, en tanto que considerados como válidos, de efectos de poder) con vistas a mostrar las condiciones que hacen aceptable una práctica determinada o una forma de pensar. Y para «neutralizar» la cuestión de la legitimidad, la propuesta de Foucault es introducir dos nociones con un mero papel metodológico – simples «rejillas de análisis» y no entidades, trascendentales, o principios generales de la realidad, como han querido ver algunos interpretes – como son las de saber y poder. (Foucault, 2003:35).

En consecuencia, hay que distinguir que en el pensamiento foucaultiano las grillas de análisis de saber y poder no se entienden cómo formas sustanciales que funcionan como aprioris trascendentales, no se presupone un saber o un poder, menos El saber o El poder, en suma, no son unos principios generales de realidad. De otra forma, operan como delimitaciones necesarias para un análisis que requiere una suerte de utillaje que le permita acercarse de forma crítica a los fenómenos, pero reconociendo que estas categorías, más allá de su circunscripción son formas vacías, que se llenan de contenido a la sazón de los diferentes avatares que emergen en los cortes históricos que se dan en tomar para el análisis. Así, interesa para la eventualización, cómo los discursos se articulan con elementos jurídicos, técnicos, económicos y estructurales, llevando a cabo un establecimiento de relaciones que deviene en la producción de verdades. Esto alude a cómo la verdad aparece en

ciertos dominios, bajo unas maneras regladas y regularizadas que son reforzadas por mecanismos de coerción, incitación o seducción, que hacen que cierto tipo de prácticas discursivas y no-discursivas tomen un cuerpo de realidad en las realidades; en este sentido, para esta apuesta:

El camino pasa por un análisis del nexo saber-poder que lo sostiene, lo retoma a partir del hecho de que es aceptado, en dirección de lo que lo hace aceptable, por supuesto, no en general, sino sólo allí donde es aceptado: es lo que podríamos caracterizar como retomarlos en su positividad. Tenemos, pues, aquí un tipo de procedimiento que, fuera de la preocupación por la legitimación y, en consecuencia, separándose del punto de vista fundamental de la ley, recorre el ciclo de la positividad, yendo del hecho de la aceptación al sistema de la aceptabilidad, analizado a partir del juego saber poder (Foucault, 2003:28. *Cursiva añadida*).

Así, la eventualización se interesa en la novedad del acontecimiento, pero también en el modo en que se transforma en una regularidad, sostenida en un juego de reglas, de relaciones asimétricas de fuerzas y de enunciados que logran un umbral de positividad. De esta manera, emergen unas positivities entendidas como aquellas prácticas que se sustentan en diversos tipos tecnológicos, que pasan por ese mecanismo de división que pone de un lado lo verdadero y del otro, lo falso. Entonces, no interesa una reflexión del lado de lo ilusorio y de lo real ni de lo científico y de lo ideológico, importa allí el reconocimiento de aquello que hace que algo advenga aceptable para un grupo socio-cultural, para un estado-nación, para una “aldea global”. En estos términos, interesa saber qué tipos de reenvíos entre saber y poder han dado con la emergencia de tipos legítimos en el ámbito oficial, capaces de inducir la construcción de medios artificiales y así pensamientos, sentimientos, comportamientos y discursos.

La eventualización tiene al acontecimiento como objeto de su análisis y lo toma en su singularidad e irreductibilidad a formas supra-históricas o leyes generales, sin querer con ello homogeneizar todo los tipos de acontecimientos, «el problema consiste al mismo tiempo en distinguir los sucesos, en diferenciar las redes y los niveles

a los que pertenecen, y en reconstruir los hilos que los atan y los hacen engendrarse unos a partir de otros» (Foucault, 1994:179). Toda una concatenación que se da sobre encuentros, apoyos, formaciones de bloques, relaciones de fuerzas, luchas, consensos y estrategias, que han permitido que los acontecimientos entren en un orden y formen o consoliden maneras que en un momento se toman como necesarias e indispensables. Ello pensado fuera de una unidad constante y causal, más bien -parafraseando a Foucault- operando una desmultiplicación causal que entienda las rupturas, las nuevas emergencias, las tachaduras, los cambios azarosos, es decir, la discontinuidad de una historia no teleológica.

De este modo, se construye una óptica donde los acontecimientos de los cortes históricos tomados deben ser aproximados, no entonces desde una ley lineal de causa-efecto-consecuencia, sino desde un análisis a partir de los múltiples elementos que son constitutivos de los fenómenos (por ejemplo, en el caso de la cárcel teniendo en cuenta la arquitectura, los discursos pedagógicos, los sociológicos, las taxonomías de los delincuentes, el tipo de punición, etc.). De la misma forma, un análisis del acontecimiento como si este fuera un polígono o poliedro de múltiples caras que exigen el análisis de cada una de ellas de forma interrelacionada, pero que entiende que no es posible definir a priori el número de lados, de hecho, que “jamás puede ser considerado como totalmente acabado. Hay que proceder por saturación progresiva y forzosamente incompleta” (Foucault, 1982:62), puesto que a mayor “profundidad” del análisis mayor número de aristas implicadas van a aparecer, dándose así un polimorfismo creciente en razón de las relaciones que entran a tener que ser descritas y los ámbitos de referencia que entran en juego.

En general, la eventualización rompe entonces con el signo de la necesidad única y entra a jugarse en el ámbito de lo particular, de la singularidad diferenciada del acontecimiento. La eventualización se comprende desde las rejillas de las categorías poder-saber, que se sostienen mutuamente y que pueden permitir reconocer el surgimiento de las positivities de aquellos mecanismos que se fueron tejiendo e “impusieron” como modelos aceptables que hacen emerger tipos de gubernamentalidad, como maneras tecnológicas de producir y conducir las conductas de los sujetos.

En otro lugar, pero en la misma red conceptual, aparece la problematización como supuesto que es armónico con los antes indicados en la medida en que su interés va puesto en la singularidad histórica de los objetos o problemas que se tratan. Bajo la maquinaria analítica de una ontología histórica crítica de nosotros mismos, la problematización se entiende como una ficción que aborda los fenómenos históricos en tanto que acontecimientos en un marco de eventualización; es también una analítica que problematiza, como lo señala Foucault (1999:359) en los siguientes términos:

Me pareció que había un elemento que, de suyo, caracterizaba a la historia del pensamiento: era lo que cabrá llamar los problemas o más exactamente las problematizaciones. Lo que distingue al pensamiento es que es algo completamente diferente del conjunto de las representaciones que sustentan un comportamiento; es otra cosa que el dominio de las actitudes que lo pueden determinar. El pensamiento no es lo que habita una conducta y le da un sentido; es, más bien, lo que permite tomar distancia con relación a esta manera de hacer o de reaccionar, dársela como objeto de pensamiento e interrogarla sobre su sentido, sus condiciones y sus fines. El pensamiento es la libertad con respecto a lo que se hace, el movimiento mediante el cual nos desprendemos de ello, lo constituimos como objeto y lo reflejamos como problema.

Este elemento viene a marcar en esta línea metódica una nueva distancia, pues no se realiza un tratamiento de las prácticas sociales a abordar desde una óptica similar a la historia de las ideas que indaga por los sistemas de representaciones, ni tampoco en la línea de la historia de las mentalidades que se pregunta por las actitudes y los esquemas de comportamiento. Hay una apuesta por la problematización, es decir, un procedimiento que tiene en cuenta, en un movimiento como una especie de *epojé*³, de puesta entre paréntesis de los discursos de verdad del momento, aún más de los discursos por los cuales se indaga. La intención es ver cómo un conjunto de modalidades enunciativas y prácticas hacen que algo entre en el juego de lo verdadero y de lo falso, y lo convierten en problema para el pensamiento.

Es el pensamiento lo que dirige la posibilidad de una analítica problematizadora, ello puesto que el pensamiento es un acto, un movimiento que permite que se lleve a cabo una mutación en la lectura de los fenómenos, pues no son leídos sólo como conductas o sentidos, sino como partes de un dominio de prácticas históricas a las cuales un cierto tipo de factores les han generado obstáculos, le han hecho perder en alguna medida su familiaridad. En este orden, el pensamiento es un acto; aquel que plantea los distintos tipos de relaciones posibles que se pueden establecer entre un sujeto y un objeto, por lo cual el análisis debe ir dirigido a las condiciones que han formado o modificado ciertas relaciones entre el sujeto y el objeto, en la medida en que estas constituyen un saber posible (Foucault, 1999). Como ya se ha nombrado, un abordaje de aquellos mecanismos que generan procesos de producción de sujetos, pero también de aquellos cortes, formaciones y reglas que hacen que el sujeto se torne en objeto de conocimiento. De este modo:

Esta elaboración de un tema en cuestión, esta transformación de un conjunto de obstáculos y de dificultades en problemas a los que las diversas soluciones buscarán aportar una respuesta, es lo que constituye el punto de problematización y el trabajo específico del pensamiento (Foucault, 1999:360).

Se ve entonces cómo la problematización hace de las dificultades que surgen en diferentes órdenes históricos y disciplinares, sus propios objetos de problematización, al pesquisar en el lugar de las prácticas por las reglas enunciativas y por los mecanismos de poder que hicieron que se produjesen ciertas crisis. Se aproxima igualmente al tipo de soluciones dadas a estas dificultades, es decir, se observa detenidamente según las rejillas guías de análisis de un abordaje foucaultiano, qué posibilidades dieron existencia a cierto tipo de soluciones, porque surgieron en un mismo momento varias respuestas contradictorias a un mismo conjunto de problemas. Empero, también se asume como las relaciones de diversos tipos de tecnologías que se combinan cruzadas por un tipo de racionalidad, lograron que “bajo” su égida,

3

Esto no quiere decir que la apuesta foucaultiana sea fenomenológica en el sentido de Husserl, que quiere llegar a las esencias de los fenómenos, pero se puede utilizar el ejemplo de la epojé como una puesta entre paréntesis de los discursos de verdad y cientificidad que circundan en el medio de una investigación, para empezar a verlos no como algo definitivo y por fin encontrado, sino como elementos que han sido contruidos. Además, un querer capturar la historia de forma indiscriminada desde las categorías del presente, tal vez no haría más que borrar las pistas y mutilar las relaciones. Ese enfoque negaría la posibilidad de convertir los fenómenos, aún más, los eventos discursivos en problemas que se tejen en conjuntos heterogéneos de hilos de poder y de saber, situados e históricos.

emergieran disimiles relaciones entre sujeto y objeto, que se traducen en la posibilidad de ciertas regularidades, reglas de juego, requisitos enunciativos, normalidades y construcciones de realidades. De tal modo se acerca la problematización a lo que propuso Ibáñez en torno a la misma, donde sostiene que:

Se trata (...) de conseguir que todo aquello que damos por evidente, todo aquello que damos por seguro, todo aquello que se presenta como incuestionable, que no suscita dudas, que, por lo tanto, se nos presenta como aproblemático, se torne precisamente problemático, y necesite ser cuestionado, interrogado, repensado, etc. (...) Lo que nos dice Foucault es que, cuanto mayor sea la obviedad, mayores razones hay para, problematizarla (...) Por tanto problematizar es también, y sobre todo, lograr entender el cómo y el por qué algo ha adquirido su estatus de evidencia incuestionable (...) Lo fundamental de la problematización consiste en desvelar el proceso a través del cual algo se ha constituido como obvio, evidente, seguro(Ibáñez, 1996:154. Cursivas añadidas).

En razón de esta argumentación, se da una puntada más que reclama que la problematización también tenga en cuenta en su proceder, a parte de aquellos espacios en lo que se han presentado dificultades o los diferentes tipos de respuestas dados y dominios históricos situados. Los acontecimientos que se han anquilosado o naturalizado y han tomado las formas de verdades ensí mismas, de realidades definitivas acordes a una lógica natural inmutable.

Así, la labor del pensamiento es levantar la evidencia histórica y contingente de aquellos terrenos que se arrojan como espacios de estructuras definitivas; por esto el pensamiento debe dudar, sospechar y problematizar aquello que aparece como incuestionable. Dar con una inteligibilidad que permita hacer visible eso que siendo visible se ha dejado de percibir como tal, por ser tan cercano, por hacer parte de la cotidianidad de las prácticas que afectan los modos de ser y con ello el sentir, pensar, decir y hacer. Es decir, “diagnosticar” qué modalidades y procesos han hecho que las realidades o ámbitos de ellas se mistifiquen. Una problematización que como acto del pensamiento problematiza los obstáculos y las respuestas dadas en ciertos dominios discursivos, pero que también hace problema

de aquellos discursos que se esclerotizan en la realidad, como una forma pura del mundo del hombre.

La arqueología y la genealogía

La arqueología

Hasta este punto se han señalado un grupo de elementos analíticos importantes, que se consideran como líneas de fuerza para lo denominado como arco-genealogía. Por consiguiente, en la lógica de este marco es importante ubicar algunas balizas en relación con los conceptos de arqueología y genealogía, para determinar su campo de acción y su camino operativo.

Hablar de arqueología en la línea foucaultiana es referirse a un procedimiento de abordaje analítico que se enmarca en una ontología histórica de nosotros mismos. Se pregunta por la historia de los discursos que habitan el presente desde el cual se realiza el análisis; es una apuesta que ficcionaliza en la lectura de los discursos como formaciones enunciativas, asumiéndolas como construcciones históricas entramadas en conjuntos relacionales de poder-saber, que pueden ser afectadas desde la visibilización de sus reglas de formación discursiva y desde la emergencia de otros contra-discursos que entran en el juego de las veridicciones. De la misma forma, reconoce los enunciados de su análisis como acontecimientos discursivos; también esta arqueología desde el pensamiento en tanto que acto problematiza los cortes, discontinuidades, reapropiaciones, sedimentaciones y naturalizaciones de las formaciones discursivas enmarcadas en prácticas discursivas.

Por tanto, la arqueología no se pregunta por el comienzo ni por la linealidad de una historia continua sustentada por elementos suprahistóricos como el sujeto fundador, la naturaleza estructural, dialéctica o evolutiva de la historia de lo humano y sus discursos. Más bien, aborda los discursos en el orden de su contingencia y de sus formas de emergencia como positividades; entonces, puede sostenerse que:

La arqueología pretende definir no los pensamientos, las representaciones, las imágenes, los temas, las obsesiones que se ocultan o se manifiestan en los discursos, sino esos mismos discursos

en tanto que prácticas que obedecen a unas reglas (...); se dirige al discurso en su volumen propio, a título de monumento. No es una disciplina interpretativa: no busca otro discurso más escondido(...). Su problema es definir los discursos en su especificidad; mostrar en que el juego de las reglas que pone en obra es irreductible a cualquier otro; seguirlos a lo largo de sus aristas exteriores(...); es un análisis diferencial de las modalidades del discurso(...). Define unos tipos y unas reglas de prácticas discursivas que atraviesan unas obras individuales, que a veces las gobiernan por entero y las dominan sin que se les escape nada; pero que a veces también sólo rigen una parte(...). No es nada más y ninguna otra cosa que una reescritura, es decir, en la forma mantenida de exterioridad, una transformación pautada de lo que ha sido y ha escrito. No es la vuelta al secreto mismo del origen, es la descripción sistemática de un discurso-objeto (Foucault, 1976:233-234-235).

Así, puede afirmarse que la arqueología no se pregunta por el significado de un significante, o por la verdad oculta tras la biografía del autor que produce una obra. La arqueología es más bien esa historia crítica, de las rupturas y las regularidades que en una relación compleja y si se quiere de mutualidad entre racionalidades y prácticas, han permitido la emergencia de saberes en cuyo recorte procede un umbral de positividad. Esos saberes hacen viables la legitimación de unas verdades que devienen a partir de ciertos dispositivos al umbral de epistemologización y se catapultan en medio de los juegos de verdad al umbral de cientifización donde emergen o, si se quiere, construyen los objetos y encuentran anclaje en las disciplinas y discursos con pretensión científica. Por tanto, queriendo apenas aproximar una definición, puede decirse que la arqueología es aquella que tiene por objeto un sistema de discursos en permanente transformación. De ahí que el objeto de la arqueología sean las prácticas discursivas que construyen los objetos y las racionalidades de una época (Martínez, 2009).

Se percibe entonces que en la arqueología foucaultiana existe un elemento de fuerza analítica y articuladora. Un nervio relevante, que puede tomarse como la unidad de análisis de la arqueología, leyéndose este como el enunciado. Esto hace que el enunciado pueda hacer su aparición en obra y es visto como el átomo del discurso; se le da al enunciado en medio de esta escenografía el lugar de

“acontecimiento discursivo”, que puede asumir una cierta regularidad según un juego de reglas de verdad, pero también se entiende en su singularidad y haciendo parte de una historia de eventos marcados, más que por una total linealidad, por la discontinuidad. La particularidad del enunciado distingue que su pregunta está enfocada a inquirir en este sentido: ¿Cómo es que ha aparecido tal enunciado y no cualquier otro en su lugar? (Foucault, 1976), esto, cómo ciertos sistemas de formación de enunciados y ciertas prácticas, han dado paso a que unos enunciados se ubiquen en aquella línea que permite que se aten “las palabras y las cosas”, que surjan determinados órdenes. Una red discursiva que se impone con violencia sobre las cosas, en medio de pugnas entre discursos que atraviesan desde el elemento de corte epistémico y científico, hasta el elemento de corte estratégico y táctico, recorridos que permiten que en el enunciado, aún más, en su historia, se pueda respirar el fragor de la batalla.

Es importante igualmente anotar que este átomo del discurso, el enunciado, puede apenas medianamente delimitarse en términos foucaultianos como ese “elemento último que no se puede descomponer, es susceptible de ser aislado por sí mismo y capaz de entrar en un juego de relaciones con otros elementos semejantes a él” (Foucault, 1976:133). Sin embargo, el referir que sobre el enunciado se hace una circunscripción mediana no es una falta de sistematicidad, sino todo lo contrario, sería impertinente definir el enunciado como se hace con un concepto como aquel elemento abstracto que asume un algo de la “realidad” que tiene una operacionalización o definición precisa; el enunciado en líneas foucaultianas, exige ser entendido como función, en concordancia:

El enunciado no es, pues, una estructura (es decir, un conjunto de relaciones entre elementos variables, que autorice así un número quizá infinito de modelos concretos); es una función de existencia que pertenece en propiedad a los signos y a partir de la cual se puede decir, a continuación, por el análisis o la intuición, si “casan” o no, según qué reglas se suceden o yuxtaponen, de qué son signo, y qué especie de acto se encuentra efectuado por su formulación (oral o escrita). No hay que asombrarse si no se ha podido encontrar para el enunciado criterios estructurados en unidad; porque no es en sí mismo una unidad, sino una función que cruza un dominio de

estructuras y de unidades posibles y que las hace aparecer, con contenidos concretos, en el tiempo y en el espacio (Foucault, 1976:145).

El enunciado no se encuentra encasillado por un tipo normativo taxativo, pues no pasa por las reglas que cruzan la proposición de los lógicos, ni aquellas que demarcan el contenido lingüístico de la frase de los gramáticos. Tampoco está determinado por un modelo generativo del cual se deriva una cantidad infinita de posibilidades, sino que está demarcado por una serie de reglas que conllevan la posibilidad de su aparición y de su regularidad. El enunciado en este sentido puede enmarcarse en la frase o en la proposición, pero no se deriva de ellos, es el enunciado ese elemento que se remite a otros enunciados para mostrar sus relaciones y sus exclusiones, siendo las reglas, los usos, las relaciones a objetos y sujetos, en lo que aparece su dominio de “juego”, que es el cual le da su posibilidad de verdad, de repetición y de articulación con otros enunciados. Entonces el enunciado debe ser pesquisado, buscado o analizado en un marco general, en su sistema enunciativo-entiéndase como sistema de relación y de dispersión de enunciados—, lo cual le permite ser considerado desde el punto de vista de su existencia como función enunciativa que rompe la frase y la proposición, atravesando dominios como formaciones discursivas, dado que el enunciado es a esta formación discursiva “como una frase pertenece a un texto, y una proposición a un conjunto deductivo” (Foucault, 1976:197).

Luego de haber esbozado aquello que se entiende por enunciado, se hace necesario explicitar el lugar “factico” en el que van a ser recogidos los enunciados, aquel elemento que les permite hacerse como unidades de análisis accesibles. Por consiguiente, aquel elemento que va a ser importante en la investigación de corte foucaultiano, que es el elemento de aparición y posibilidad histórica y “concreta” del enunciado, el lugar de los discursos efectivamente pronunciados, es aquello que Foucault llamó “el archivo”. Un archivo que tiene en cuenta un grupo de reglas, en ellas:

Los límites y las formas de la decibilidad (de qué es posible hablar, qué ha sido constituido como dominio discursivo, qué tipo de discursividad posee este dominio); los límites y las formas de la conservación (qué enunciados están destinados a ingresar en

la memoria de los hombres por la recitación, la pedagogía, la enseñanza; qué enunciados pueden ser reutilizados); los límites y las formas de la memoria tal como aparece en cada formación discursiva (qué enunciados reconoce como válidos, discutibles o inválidos; qué enunciados reconoce como propios y cuáles como extraños); los límites y las formas de la reactivación (qué enunciados anteriores o de otra cultura retiene, valoriza o reconstituye; a qué transformaciones, comentarios, exégesis o análisis los somete); los límites y las formas de la apropiación (cómo define la relación del discurso con su autor, qué individuos o grupos tienen derecho a determinada clase de enunciados, cómo la lucha por hacerse cargo de los enunciados se desarrolla entre las clases, las naciones o las colectividades) (Castro, 2004:38).

De este modo, el archivo lejos de constituir una mera acumulación de documentos, registros, datos, libros, discursos, normas, leyes, memorias, etc., es aquel en el que se nota cómo los enunciados entran en el juego de la división de lo verdadero y de lo falso, en su orden de decibilidad como enunciados que se mueven bajo las normas de la verdad legitimada y aquellos que caen fuera de la verdad. En este mismo sentido, las coexistencias, rechazos, contradicciones y transformaciones generan un conjunto de enunciados que se enlazan como discurso. Y, desde una práctica articulada en diversas tecnologías y horizontes de racionalidad, permiten la construcción de modalidades de subjetivación y de saberes como formas de objetivación de objetos de conocimiento.

Algunos entran a jugar como enunciados que llegan a ocupar los lugares del archivo por su potencia, fuerza y uso, que les ha otorgado su ser acordes a los intereses de las racionalidades operantes. Por lo cual, el archivo es aquello que alberga el sistema de enunciabilidad, el cuerpo en que se da el sistema de funcionamiento de los enunciados-acontecimiento, así el sistema general de formación y transformación de los enunciados (Foucault, 1976). Un archivo, desde esta mirada analítica, trata a los discursos y los enunciados como monumento, en tanto que se les asume como poseedores de un “modo específico de existencia y que debe ser descrito y expuesto conforme a las leyes que regulan las prácticas discursivas” (Albano, 2004:74.) de aquello

efectivamente dicho. Retomando la argumentación de los últimos tres párrafos, es importante considerar, que:

La actualización jamás acabada, jamás íntegramente adquirida del archivo, forma el horizonte general al cual pertenecen la descripción de las formaciones discursivas, el análisis de las positividades, la fijación del campo enunciativo. El derecho de las palabras – que no coincide con el de los filólogos – autoriza, pues, a dar a todas estas investigaciones el título de arqueología. Este término no incita a la búsqueda de ningún comienzo, no emparenta el análisis con ninguna excavación o sondeo geológico. Designa el tema general de una descripción general que interroga lo ya dicho al nivel de su existencia: de la función enunciativa que se ejerce en él, de la formación discursiva a que pertenece, del sistema general de archivo de que depende. La arqueología describe los discursos como prácticas específicas en el elemento del archivo (Foucault, 1976: 223).

De este modo, puede distinguirse que la arqueología tiene por objeto aproximarse a las formas históricas de producción del saber a través de las formaciones discursivas, y dado que se da un análisis correlativo entre las formaciones discursivas y su átomo de constitución, el enunciado es este el lugar que permite el análisis relacional que busca lo arqueológico en sentido foucaultiano. Entonces, la arqueología se encarga de estudiar las modalidades enunciativas en el elemento del archivo. Un archivo que no podrá, según Foucault, ser totalmente actualizado ni totalmente integrado. Es un corpus que se asume como carente, más no insuficiente, y que en su suficiencia puede dar cuenta de las formaciones históricas, de las modalidades enunciativas que se traducen en una cierta claridad sobre la contingencia que permea los discursos del presente, pues han sido tejidos en medio de las relaciones de poder que operan desde las tecnologías que crean esas redes donde se mueven elementos heterogéneos discursivos y no-discursivos.

La genealogía

Luego de haber puesto de relieve ciertos puntos guías sobre la arqueología, es pertinente elucidar algunos elementos que puedan explicitar lo que alude a la genealogía, con el fin de mostrar cómo entronca con la arqueología en el punto de las relaciones de poder.

La genealogía entra en el concurso de un horizonte de ontología histórico-crítica de nosotros mismos, con la intención de entrar a visibilizar las formas en que desde el funcionamiento del poder se apuesta a la producción de subjetividades acordes a un orden tecnológico de racionalidad. En el mismo sentido, la genealogía se centra en estudios de aconteceres locales y no en estudios sobre las grandes visiones totalizantes. Es una analítica del poder situada geográfica, histórica y socio-culturalmente, que lee los fenómenos como acontecimientos singulares.

Del mismo modo, asume los órdenes sociales sostenidos desde lógicas de poder y de discurso que se refuerzan mutuamente y crean verdades que afectan la realidad y lo allí contenido. En este punto se juega como contra-discurso y método para visibilizar los contra-discursos, por lo que apuesta por mostrar cómo ciertos circuitos productores de subjetividades, han soterrado y acallado bajo diversas astucias un cierto tipo de saberes, unos saberes sometidos por ser considerados como no conceptuales, insuficientemente elaborados, saberes por debajo del nivel del conocimiento o de la científicidad exigidos. Al igual que unos saberes que pueden ser nominados como saber de la gente⁴, que no es en absoluto un saber común, “al contrario un saber particular, un saber local, un saber diferencial incapaz de unanimidad y que sólo debe su fuerza al filo que opone a todo lo que le rodea” (Foucault, 2006a:21). En estos puntos se ubican lugares de lucha, de resistencia, de posibilidad de transformación en el sentido de la ficcionalización. Se comprende que la subjetividad, como las realidades en tanto históricas y contingentes, pueden ser afectadas por nuevos juegos discursivos que van ingresando como crítica y van ganando sus propios lugares de legitimación o por los menos de puntos de fuga.

Ahora, no se debería perder de vista algunos elementos que delinear el hacer genealógico indicado líneas arriba. De este modo, hay que referir que la genealogía se desprende de las miradas del origen y del tólos y apuesta por conceptos de raíz nietzscheana, como la Herkunft (procedencia) y la Entstehung (emergencia). En la ruta de la analítica de la producción de la subjetividad, se señala que:

No se trata precisamente de encontrar en un individuo (...) los caracteres genéricos que permiten asimilarlo a otros (...) sino de percibir todas las marcas sutiles, singulares, subindividuales que pueden entrecruzarse en él y formar una raíz difícil de desenredar. (...) El análisis de la procedencia permite disociar al Yo y hacer pulular, en los lugares y plazas de sus síntesis vacía, mil sucesos perdidos hasta ahora. La procedencia permite encontrar bajo el aspecto único de un carácter, o de un concepto, la proliferación de sucesos a través de los cuales (gracias a los que, contra los que) se han formado. (...) Es descubrir que en la raíz de lo que conocemos y de lo que somos no están en absoluto la verdad ni el ser, sino la exterioridad del accidente (Foucault, 1994:12-13).

De esta manera, la genealogía no busca entonces un principio ancestral y/o general, un universal antropológico que logre vincular y hacer iguales todas las subjetividades. No es su objeto el buscar aquella naturaleza humana, sino que aborda la subjetividad como aquel elemento en el que se intersectan, al tiempo que la atraviesan, los círculos del poder y del saber. Formas que según la estrategia del momento histórico, han querido confiscar la subjetividad bajo la disposición del poder soberano de la disciplina normalizadora o del control regularizador, otorgándole una naturalidad que se rige por el orden del designio divino o por unas sugerencias discursivas. Tácticas combinadas con elementos coercitivos y sugestivos que han producido cuerpos-almas, identidades o personalidades normales y patológicas regidas por aquello que como buenas costumbres hacen a un buen chico o las malas prácticas que crean al degenerado, un sujeto definido por disciplinado.

Una genealogía que permite ir también sobre esa producción contemporánea de subjetividades producidas por las sociedades de seguridad-regulación. Esas que han sido demarcadas en ese sujeto que se construye desde la regularización que le lleva a convertirse en empresario de sí mismo. Todo enmarcado en unas reglas que operan sobre las conductas para que se den de cierto modo y en razón a ciertos intereses de la racionalidad del capitalismo neoliberal globalizado. Es entonces en estos lugares de producción histórica y tecnológica de subjetividades donde la genealogía busca cómo se constituye a los sujetos, cómo se enmaraña esa madeja difícil de desenredar en tanto

se captura la multiplicidad en identidad, desde relaciones de poder que operan de manera calculada.

Ahora hay que considerar que es en esta misma línea, desmistificadora de lo inmóvil, que hace aparecer como unido e inmutable lo que se da más bien como lugar de posibilidad enunciativa, es decir, un sujeto habitado por discursos, inmerso y atravesado por relaciones de fuerza y tal vez de lucha y resistencia, que permita la posibilidad de un ser siendo, aludiendo a su posibilidad múltiple y mutable. Es el lugar donde funciona en clave genealógica foucaultiana la “Entstehung”, la emergencia, que refiere el surgimiento como ley singular de una aparición:

La emergencia se produce siempre en un determinado estado de fuerzas (...) La emergencia es pues, la entrada en escena de las fuerzas, es su irrupción, el movimiento de golpe por el que saltan de las bambalinas al teatro, cada una con el vigor y la juventud que le son propias(...). Las diferentes emergencias que pueden percibirse no son las figuras sucesivas de una misma significación, son más bien efectos de sustituciones, emplazamientos y desplazamientos, conquistas disfrazadas, desvíos sistemáticos.(...) De la misma manera tiene que ver con apoderarse por violencia o subrepticamente, de un sistema de reglas que no tiene en sí mismo significación esencial e imponerle una nueva dirección, plegarlo a una nueva voluntad, hacerlo entrar en otro juego y someterlo a reglas segundas(...) (Foucault, 1994:15-16-18. *Cursiva añadida*).

De esta manera, se entiende que las emergencias se mueven en medio de lo que puede llamarse relaciones asimétricas de fuerza, pero también emergencias históricas, necesidades que entran a jugar en el espacio de estas relaciones disímiles de fuerza que logran, en ocasiones, cambios inesperados. Pues las relaciones de fuerza no están marcadas por una estructura preconcebida. Es entonces en estos puntos también donde la genealogía escruta para observar como tensiones de líneas homogéneas y heterogéneas van marcando los cambios, como la estrategia enmarcadas en juegos de poder-saber en ocasiones logran que la fuerza prime, como en otras hace triunfar la diplomacia y en otras la táctica subrepticia. Elementos a los que está atenta la genealogía, para entrar a observar qué tipo de fuerzas en aquel circuito de la relación saber, poder y verdad generan

un tipo histórico específico de subjetividad. Estas reglas de juego se ponen en escena para conducir la conducta del hombre, a partir de dispositivos que tienen como componentes “líneas de visibilidad, líneas de enunciación, líneas de fuerza, líneas de subjetivación, líneas de ruptura, de fisura, de fractura que entrecruzan y se entrelazan” (Deleuze, 1987:158). Urdimbre está la cual se avoca la genealogía para describir y analizar cómo todas estas líneas juegan en la constitución de posibilidades de gubernamentalidad, de generación de juego estratégico entre libertades desde racionalidades interesadas.

En consecuencia, la genealogía no aspira a interpretar el pasado sino a describirlo y establecer una red de relaciones significativas “que permitan a los enunciados expresar su sentido sin más mediaciones que la que el propio enunciado produzca, posibilitando que la descripción se torne explicativa al momento que esté en condiciones de generar transformaciones” (Vanegas, 2002:30). Lo que hace que la genealogía siga teniendo en cuenta el elemento del enunciado, como aquel que puede operar en medio y por medio de elementos no discursivos, para generar maneras gubernamentales que conducen y gestionan las subjetividades. Por tanto, se hace importante para la labor genealógica pensar la relación de lo dicho y lo no dicho, en el cruce de las relaciones de poder que funcionan en medio de un ejercicio del poder que produce subjetividades.

Un acto de cierre

de
a

Después de trazar una zona operativa en la que procede la arco-genealogía foucaultiana, al tiempo que de haber indicado sus surcos de forma separada, se hace oportuno señalar de manera explícita cómo se da una relación coherente entre lo que pueden entenderse como dos líneas entrecruzadas de una metodología, que apuesta por dar cuenta de las formas que en contextos enunciativos, pero también no discursivos, se dan procesos de subjetivación. A esta sazón, puede sostenerse que estos dos elementos funcionan como una maquinaria analítica que utiliza la descripción para construir una red explicativa que dé cuenta cómo los enunciados son atravesados por órdenes de saber, funciones de poder y estrategias que a su vez cruzan los sujetos y al cuerpo social, produciendo sus reglas de operatividad y sus circuitos de movilización. En palabras de Foucault (2003:33):

Al hablar de arqueología, de estrategia y de genealogía, no pienso que se trate de señalar con ellos tres niveles sucesivos que serían desarrollados unos a partir de otros, sino más bien de caracterizar tres dimensiones que deberían permitir en su simultaneidad misma volver a aprehender lo que hay de positivo, es decir, cuáles son las condiciones que hacen aceptable una singularidad cuya inteligibilidad se establece por la detección de las interacciones y de las estrategias en que se integran.

En esta apuesta metodológica existe una construcción que puede aproximarse a los discursos como formaciones enunciativas, en la medida en que estos entran a ocupar lugares de legitimidad y de aceptabilidad, generando, a partir del ingreso en un umbral de positividad, o aún más, en un umbral de cientificación, efectos de poder que afectan y toman cuerpo en las realidades y en las subjetividades. Es entonces en dicha red donde la arco-genealogía constituye su objeto, delimita su forma de abordaje y deja jugar su lógica procedimental. Lugar donde a su vez emerge esa posibilidad de crítica-histórica, que se da en la articulación de la arqueología y la genealogía. En razón de esto, puede proponerse que:

En este sentido, esta crítica no es trascendental y no tiene como fin hacer posible una metafísica: es una crítica genealógica en su finalidad y arqueológica en su método. Arqueológica – y no trascendental – en la medida en que no pretende extraer las estructuras universales de todo conocimiento o de toda acción moral posible, sino que buscará tratar los discursos que articulan lo que nosotros pensamos, decimos y hacemos, como otros tantos acontecimientos históricos. Y esta crítica será genealógica en el sentido que no deducirá de la forma que somos lo que nos es imposible hacer o conocer, sino que extraerá de la contingencia que nos ha hecho ser lo que somos la posibilidad de ya no ser, hacer o pensar lo que somos, hacemos o pensamos (Foucault, 2003:91-92).

Puede decirse en este lugar de síntesis que la arqueología-genealogía de corte foucaultiano aparece como un método pertinente para abordar la producción de subjetividades. En su ubicación en primer término, es decir, en línea arqueológica, el método lleva a cabo una visibilización de los discursos que han logrado el lugar

de aceptabilidad como discursos de verdad históricos, en los cuales analiza las regularidades formativas de enunciación en tanto que se constituyen sobre la práctica discursiva. En segundo término, en sentido genealógico, se hace visible cómo entra el enunciado en un juego de mutualidad con el ejercicio del poder, que se convierte en un espacio de relación asimétrica entre fuerzas, en un espacio que genera un juego estratégico entre libertades que produce sujetos.

Entonces, podría decirse que es un método para comprender la producción actual de subjetividades, entendidas en línea foucaultiana como aquellas formas que emergen a partir de su relación con el saber y el poder. Una arqueología-genealogía que ficcionaliza y problematiza los acontecimientos en su particularidad, es coherente para estudiarla producción de subjetividades en unas sociedades cruzadas por el biopoder, sociedades de control o de seguridad que operan desde la biopolítica y la anatomopolítica para normalizar a los sujetos, limitando en la mayor cantidad posible la multitud. Todo lo anterior se encuadra en el horizonte de una ontología histórico crítica de nosotros mismos, que desde el diagnóstico del presente a partir del pasado que lo constituye, empieza a “poder” vislumbrar puntos de transgresión que den con la posibilidad de otras formas de subjetivación.

Bibliografía

Borges, J. (1984). Ficciones. Buenos Aires: Editorial La Oveja Negra.

Castro, R. (2004). Ética para un Rostro de Arena: Michel Foucault y el Cuidado de La Libertad. Tesis Doctoral Publicada. Madrid. Universidad Complutense de Madrid.

Deleuze, G. (1987). Foucault. Barcelona: Paidós.

Ibáñez, T. (1996). Algunos comentarios en torno a Foucault. En: Fluctuaciones conceptuales en torno a la posmodernidad y psicología (pp.43-60). México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Foucault, M. (1976). La arqueología del saber. Buenos Aires: Siglo XXI.

Foucault, M. (1982). La imposible prisión. Barcelona: Anagrama.

Foucault, M. (1994). Microfísica del poder. Barcelona: Planeta-Agostini.

Foucault, M. (1999). Obras esenciales Volumen III: Estética, ética y hermenéutica. Barcelona: Paidós.

Foucault, M. (2003). Sobre la ilustración. Madrid: Tecnos.

Foucault, M. (2006a). Defender la sociedad. México: Fondo de Cultura Económica.

Foucault, M. (2006b). Seguridad, territorio y población. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Lanceros, P. (1996). Avatares del Hombre: El Pensamiento De Michel Foucault. Bilbao: Editorial Universidad de Deusto.

Martínez, J. (2010). La universidad productora de productores: entre biopolítica y subjetividad. Bogotá: Ediciones Unisalle.